

COMPRESION LECTORA CLASE MAESTRA

DEIBY JOHAO VARGAS MANJARRES

RAUL CUENCA

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

IBAGUE

2021

DOS POR UN CENTAVO

(Fragmento de Las uvas de la ira). John Steinbeck, escrito estadounidense.

Bill, masticando su pastel, miró a la carretera por la ventana tapada con tela metálica.

— Más vale que vigiles las cosas. Aquí llegan unos de esos.

Un automóvil Nash de 1926 salía de la carretera pesadamente. El asiento trasero estaba tapado casi hasta arriba con sacos, ollas y sartenes y encima de todo iban dos niños aplastados contra el techo. Sobre el coche había un colchón y una tienda de campaña plegada; los palos de la tienda iban atados a los estribos. El coche se estacionó junto a los surtidores de gasolina. Un hombre de pelo negro y el rostro como cortado con un hacha se apeó lentamente y los dos niños resbalaron por la carga hasta llegar al suelo.

Mae rodeó la barra y se quedó en la puerta. El hombre llevaba pantalones grises y una camisa azul, oscurecida por el sudor en la espalda y bajo los brazos. Los niños llevaban solo unos overoles andrajosos y remendados. Tenían el pelo claro, de punta todo alrededor de la cabeza, casi cortado al cero. En el rostro mostraban rastros de polvo. Fueron directamente al charco barroso bajo la manguera y enterraron los pies en el barro.

El hombre preguntó:

— ¿Podemos coger agua, señora?

Un gesto de irritación cruzó el rostro de Mae.

— Claro, sírvanse —habló quedamente por encima del hombro—. Voy a vigilar la manguera —clavó la vista en el hombre mientras este desenroscaba la tapa del radiador y metía la manguera.

La mujer, de cabello muy rubio, que se había quedado en el coche, dijo:

— Mira a ver si lo puedes comprar aquí.

El hombre cerró el grifo de la manguera y volvió a colocar el tapón. Los chiquillos se

apoderaron de ella, apuntaron hacia debajo y bebieron sedientos. El hombre se quitó el sucio sombrero negro y se quedó, con una curiosa humildad, delante de la puerta.

— ¿Nos haría el favor de vendernos pan, señora?

— Esto no es una panadería —dijo Mae—. Tenemos el pan para hacer hamburguesas.

— Lo sé, señora —insistía con su humildad—. Necesitamos pan y nos han dicho que no hay ningún sitio más hasta bastante más lejos.

— Si le vendemos pan, nos va a faltar —el tono de Mae comenzaba a ser vacilante.

— Tenemos hambre —dijo el hombre.

— ¿Por qué no compran hamburguesas, tenemos muy buenas?

— Nos encantaría poder hacerlo, señora. Pero no podemos. Tenemos que comer todos por diez centavos —y añadió avergonzado—. Tenemos muy poco dinero.

— No puede comprar un pan por diez centavos. Sólo las tenemos de quince —dijo Mae. Albert gruñó a su espalda.

— Por Dios, Mae, dales el pan.

— Nos vamos a quedar sin pan antes de que llegue el camión.

— Bueno, pues que falte, maldita sea —dijo Albert. Y miró con desagrado, la ensalada de papa que estaba preparando.

Mae encogió sus hombros regordetes y miró a los camioneros para mostrarles por lo que tenía que pasar.

Sujetó la puerta abierta y el hombre entró, trayendo consigo olor a sudor. Los chiquillos se colaron detrás de él, se acercaron inmediatamente al recipiente de caramelos y se quedaron mirando con fijeza, no con anhelo ni esperanza, ni siquiera con deseo, simplemente como asombrados de que semejantes cosas pudieran existir. Eran iguales de tamaño y sus rostros eran idénticos. Uno de ellos se rascó el tobillo polvoriento con las uñas de los dedos del otro pie. El otro le susurró algo quedamente y, entonces, los dos estiraron los brazos hasta que sus puños apretados, metidos en los bolsillos de los overoles, se marcaron a través de la fina tela azul.

Mae abrió un cajón y sacó una larga barra envuelta en papel encerado.

— Este pan es de quince centavos.

El hombre se colocó el sombrero en la cabeza de nuevo. Respondió con su humildad inflexible.

— ¿Me haría el favor de cortarme un trozo de diez centavos?

Albert dijo con un gruñido:

— Maldita sea, Mae. Dale el pan entero.

El hombre se volvió hacia Albert.

— No, queremos comprar diez centavos de pan. Lo tenemos estrictamente calculado para llegar hasta California.

— Puede quedársela por diez centavos — dijo Mae, con acento resignado.

— Eso sería robarle, señora.

—Cójalo, venga... Albert dice que se lo lleve —empujó el pan envuelto, por encima del mostrador. El hombre sacó de su bolsillo trasero una bolsa de cuero oscuro, desató las cuerdas y la abrió. Pesaba, llena de monedas grandes y billetes grasientos.

—Les parecerá extraño que sea tan tacaño —se disculpó—. Nos quedan mil millas por delante y no sabemos si conseguiremos llegar —buscó en la bolsa con el dedo índice, encontró una moneda de diez centavos y la cogió. Al ponerla en el mostrador vio que había sacado un centavo al mismo tiempo. Estaba a punto de guardarlo de nuevo en la bolsa cuando su mirada cayó sobre los niños, paralizados ante el mostrador de los caramelos. Se acercó con calma a ellos. Señaló unos palos de menta, rayados, que había en la caja.

— ¿Esos caramelos son de a centavo, señora?

Mae se acercó y miró.

— ¿Cuáles?

— Esos de ahí, de rayas.

Los pequeños levantaron los ojos hacia el rostro de Mae y dejaron de respirar; tenían la boca ligeramente abierta y rígida los cuerpos medio desnudos.

— ¡Ah!, esos. No, no... son dos por un centavo.

— Bien, deme dos, señora —depositó el centavo de cobre cuidadosamente sobre la bar. Los niños dejaron escapar el aliento contenido suavemente. Mae les ofreció los dos palos largos de caramelo.

—Cójanlos —animó el hombre.

Alargaron la mano con timidez, cada uno cogió un palo. Pero se miraron el uno al otro y las

comisuras de sus labios mostraron, vergonzosos, una sonrisa rígida.

— Gracias, señora — el hombre cogió el pan y salió, con los niños, sosteniendo los palos a rayas rojas pegados estrechamente contra sus piernas. Saltaron como ardillas por encima del asiento delantero y se acomodaron encima de la carga. El hombre se sentó, puso en marcha el coche y, con un motor rugiente y una nube de aceitoso humo azul, el viejo auto Nash volvió a la carretera y siguió adelante hacia el oeste.

Desde el interior del restaurante, los camioneros, Mae y Albert les siguieron con los ojos. Bill fue el primero en reaccionar.

— Esos caramelos no eran dos por un centavo — dijo.

— ¿Acaso es asunto tuyo? — replicó, molesta, Mae.

— Cada uno vale cinco centavos — insistió Bill.

3. Con base en el anterior relato, realice el proceso de CÓMO LEER DE FORMA CRÍTICA. Deje evidencia escrita.

¿Cómo leer de forma crítica?

La lectura crítica es un proceso donde se analiza un escrito y con base en este, se forman ideas o una posición.

Para hacerlo, son necesarios varios pasos y elementos, lo más importante es llegar a una conclusión asertiva, por esto, se debe entender cada palabra, cada frase y relacionarlas, crear un glosario es de gran ayuda para poder entender las palabras claves y desconocidas del texto. No es necesario leer apresuradamente, con un ritmo adecuado podremos entender

y analizar correctamente el texto, que, si no se entiende totalmente en la primera lectura, no hay ningún problema en leerlo nuevamente con más cuidado

